—Creo que sabes perfectamente en lo que estoy pensando —murmuró Alexander con voz baja y ronca.

Christina se limitó a asentir, muda de deseo.

—Pero, primero, un poquito de dulce —le prometió Alexander mientras avanzaba hacia ella. Se arrodilló para besarle en los labios, en el cuello, en la clavícula.

Christina gimió de placer mientras la boca de él se deslizaba por su ombligo y por el suave montículo blanco de su vientre para seguir bajando. Sintió sus labios calientes en la carne rosada y suave de su...

Estelle Humphreys levantó la vista aterrada, cerró el libro de golpe y lo escondió rápidamente bajo un montón de papeles. El corazón le latía desbocado mientras se esforzaba por escuchar.

Volvió a oír el ruido: *pam, pam, pam.* Se dio cuenta con alivio de que provenía de su hijo Joe, de catorce años, que estaba en el piso de arriba. El estruendo indicaba que había terminado sus deberes y que había puesto música, Kasabian seguramente.

Se quedó quieta un momento mientras los latidos de su corazón recuperaban su ritmo normal y el rojo encendido de sus mejillas daba paso a su habitual palidez.

Sacó con sentimiento de culpabilidad el ejemplar de *Diez dulces lecciones* de la pila mucho menos apasionante de formularios de aduanas. Su portada era engañosamente inocente —un fondo gris con un lazo rojo—, pero *Diez dulces lecciones* era una novela erótica que estaba causando sensación en todo el país. Vendía miles de ejem-

plares al día y encabezaba la lista de libros más vendidos desde hacía semanas. Era lo más cerca que Estelle había estado en mucho tiempo de un hombre sin camiseta, con labios sensuales y un deseo desenfrenado.

Con un suspiro de anhelo metió el libro en el bolso, devolvió el mechón de pelo color marrón con toques grisáceos a la coleta de la que se había escapado y fijó su atención en los formularios desplegados en la mesa delante de ella.

De vuelta a la realidad.

Las cuentas de su pequeño café tenían cada vez peor pinta conforme introducía en la hoja de cálculo los recibos del día. Las consumiciones habían ido disminuyendo durante las semanas previas y no parecía que Estelle pudiera hacer nada para solucionarlo. Sabía que aquella época del año era siempre dura. Tras las compras navideñas, todo el mundo prescinde de los pequeños caprichos. Además de que nadie quiere aventurarse a salir en el frío de febrero. Pero si el negocio no empezaba a remontar... La verdad es que no soportaba pensar en ello.

Estelle había abierto el café cinco años atrás, a los cuarenta y dos, después de divorciarse de Ted. La vida de casada había terminado por generarle la sensación de que su identidad se perdía en las exigencias de su papel de esposa y madre. Así que después de que Ted y ella se separaran (y de descubrir que eran mucho mejores amigos que cónyuges), Estelle decidió hacer algo por sí misma.

Y lo había hecho, pensó con orgullo mientras observaba el pequeño local con sus manteles a cuadros rojos

y blancos y una gerbera roja en un jarrón blanco sobre cada una de ellas. Como era el final del día, todo estaba limpio y ordenado. Del escaparate había desaparecido la selección habitual de apetitosos pasteles y galletas.

Quizás no fuera mucho, pero era *suyo,* pensó con satisfacción.

Pero ¿por cuánto tiempo?, rumió con un escalofrío mientras observaba las deprimentes cuentas que parecían nadar ante sus ojos cansados.

Tenía sus clientes habituales, claro. Estaban los ejecutivos que pedían siempre café con leche y un cruasán con mantequilla para comérselo de camino hacia el centro de Bristol. También el grupo de mujeres que iba por los cotilleos, el té verde y quizá una magdalena sin azúcar después de dejar a sus hijos en el colegio. O aquellos que engullían una montaña de sándwiches calientes a la hora de la comida. También el grupo de jubilados que se daban cita al atardecer para tomarse un té con leche. Pero parecía que ya no eran suficientes.

Estelle se dio cuenta de que, si perdía su negocio —le costaba pensar en esa posibilidad—, perdería también su casa, ya que Joe y ella vivían justo encima del local. Pobre Joe. Era un buen chico, pero parecía estar en esa etapa en la que cada vez que ella se daba la vuelta parecía haber crecido quince centímetros. La ropa no le duraba más de un mes. Estelle intentaba no hacer demasiadas preguntas, sabía que a esa edad, para sentirte integrado, necesitas tener el último modelo de deportivas, de teléfono o de consola. Y todo era demasiado caro.

Cogió con ansia un trozo de un pastel de limón y se lo llevó a la boca.

—Mmm —murmuró complacida. Estaba esponjoso, ácido y tan delicioso como debía. Al menos el problema no estaba en su talento para cocinar. Ahora solo faltaba que entrara más gente por la puerta y lo descubriera.

Un movimiento al otro lado de la calle llamó su atención. Miró a través de los cristales del café cubiertos de gotas de condensación. Estaba oscuro, pero la luz ambarina de las farolas le permitió distinguir a dos personas que salían de Bainbridge Books, la pequeña librería del barrio.

El corazón se le encogió cuando se dio cuenta de que eran los dueños, Mary y Alan Bainbridge, que cerraban la puerta de su tienda por última vez. En la calle había unas pocas y tristes cajas de libros. Eran los que no habían conseguido vender durante la liquidación final. Incluso a la distancia a la que se encontraba, Estelle se dio cuenta de que los ojos de Mary estaban llenos de lágrimas mientras Alan sacaba la llave de su bolsillo.

Instintivamente, Estelle cogió una de las grandes cajas blancas de la balda situada a su espalda, las que normalmente estaban reservadas para sus mejores clientes, y comenzó a llenarla de comida: dos trozos de tarta de nuez pacana, otro de jengibre, varias rosquillas glaseadas y sus *brownies* con doble chocolate. Sabía cuánto le gustaban estos últimos a Alan.

Estelle salió rápidamente y la campanilla de la puerta tintineó a su espalda.

—Os traigo esto —exclamó mientras cruzaba la calle. Mary cogió la caja que le tendía con gratitud.

—Gracias, Estelle —dijo con voz peligrosamente temblorosa—. Muchas gracias. No tendrías que haberte molestado.

—Desde luego que no —insistió Alan mientras le cogía la caja a su mujer y miraba en su interior.

—Siento mucho que tengáis que marcharos —dijo Estelle con tristeza, deseando poder hacer algo más. Mary y Alan habían tenido la tienda durante treinta años, pero ya no podían seguir manteniéndola. Se iban a mudar a Devon para estar más cerca de sus nietos. Y aunque Estelle sabía que llevaban tiempo planeando su jubilación, también sabía que no habrían querido marcharse así, sin haber podido vender su negocio ni asegurar su viabilidad. Era una idea escalofriante que le recordaba lo que podría sucederle a su propia tienda si las cosas no mejoraban pronto.

—Bueno, es hora de pensar en otra cosa —dijo Alan, estoico—. Los tiempos cambian.

—Os voy a echar de menos —afirmó Estelle mientras tragaba saliva, embargada por la emoción.

Le encantaba el ambiente de la pequeña y acogedora librería. Había pasado muchas horas con sus dueños hablando de libros delante de una taza de té y un trozo de pastel de Battenberg.

Mary sacudía la cabeza con expresión triste.

—Bueno, hemos pasado buenos momentos aquí —suspiró mientras observaba a través del escaparate de su tienda abandonada, con las paredes desnudas y las estanterías va-

cías—. ¿Sabes lo que más voy a echar de menos? —Le brillaban los ojos detrás de los gruesos cristales de las gafas—. Hablar con los clientes. Todo el mundo piensa que leer es una ocupación solitaria, pero no tiene por qué —añadió.

Estelle asintió mientras Mary hablaba de algo tan alentador.

—Los mejores libros deberían poder compartirse, discutirse y debatirse. Ha sido una tradición durante siglos. A la gente siempre le han gustado las historias. Ay, ¡cuánto voy a echar de menos este sitio! —Mary sorbió por la nariz mientras se limpiaba los ojos con un pañuelo empapado.

Estelle tendió sus brazos hacia ella y la abrazó. Todo lo que había dicho Mary era verdad, pensó. No podía dejar de recordar todas esas conversaciones en las que habían hablado de su novela favorita de Jane Austen o discutido los méritos del señor Rochester frente a Heathcliff como héroe romántico. Todo ello a pesar de que no hubiera querido confesarle a Mary que estaba leyendo *Diez dulces lecciones,* pensó mientras recordaba el ejemplar escondido en el fondo del bolso.

De pronto se alejó de Mary como si le hubiera dado un calambre.

—¡Ya lo tengo! —exclamó. Le centelleaban los ojos y su cara resplandecía de entusiasmo.

—¿Qué tienes, querida? —preguntó Mary mirando a su marido. Alan se limitó a encogerse de hombros mientras miraba a Estelle como si esta se hubiera vuelto loca.

—La solución a mis problemas —chilló Estelle—. Mary Bainbridge —dijo mientras volvía a rodearla con sus brazos—, ¡eres un auténtico genio!

Capítulo 2

—Bruce Willis debería estar en la lista de los cinco mejores héroes de películas de acción, ¿no te parece?

—Hum... —respondió Rebecca a su marido.

Era viernes por la noche y volvían del cine a casa cogidos del brazo para protegerse del aire gélido. Una fina capa de hielo cubría las aceras y sobre sus cabezas las estrellas titilaban en un cielo negro como la tinta.

—Sin duda —confirmó Andy asintiendo con la cabeza—. Lo mismo que Arnie y Stallone. ¿Quién más?

—¿Perdón?

—¿A quién más incluirías en la lista de los cinco mejores protagonistas de películas de acción?

—Pues... no estoy segura.

Andy se quedó mirando a su mujer.

—Cariño, ¿te encuentras bien? Pareces un poco ausente.

—Sí, estoy bien —insistió Rebecca. Se caló el gorro de lana hasta que le cubrió la melena castaña. Esperaba que Andy cambiara de tema.

—Te preocupa el trabajo de este fin de semana, ¿no? —insistió este—. ¿Qué era? ¿Un curso sobre los Tudor?

—Exacto.

—No te preocupes. Procuraré quitarme de en medio. De todas formas, me gustaría comenzar a empapelar la habitación de invitados.

—Me parece perfecto...

—Además —Andy se giró hacia ella con una sonrisa radiante—, la semana que viene tenemos un evento muy importante.

—¿Ah sí? —preguntó Rebecca esperanzada.

—¡Pues claro! ¡Es el estreno de la nueva película de Spiderman! —exclamó Andy sin reparar en la cara que ponía su mujer—. ¿Qué te parece? Podemos quedar tú, yo y un cubo gigante de palomitas...

—Lo apuntaré en la agenda —dijo Rebecca débilmente.

—¿Estás segura de que te encuentras bien? —preguntó Andy tras unos segundos—. No pareces tan contenta como creía que estarías.

Rebecca comenzó a sentirse culpable.

—Sí, estoy bien —repitió con una sonrisa forzada—. Solo un poco ida. He tenido una semana dura. He estado ocupadísima en el trabajo...

—Vale. —Andy pareció darse por satisfecho con la respuesta—. Qué suerte tienes de tenerme para animarte —dijo mientras la abrazaba con cariño.

Siguieron andando mientras Rebecca intentaba averiguar cuál era exactamente su problema. Llevaba una semana así y no conseguía desprenderse de aquel sentimiento de... ¿qué? ¿Cansancio? ¿Aburrimiento?

Rebecca y Andy llevaban un año casados y hasta entonces todo había ido... *bien.* Ni maravilloso, ni increíble, solo *bien.* Pronto se adaptaron a su pequeña rutina de noches tranquilas entre semana, una visita al cine los viernes y fines de semana haciendo bricolaje. No había nada de malo en ello, pero siempre era lo mismo, cada fin de semana una copia exacta del anterior.

Cuando Andy le propuso matrimonio, todo había parecido muy emocionante. Cada vez que Rebecca pensaba en ello se sentía dolida. Se recordaba en su papel de futura esposa. Todavía podía verse eligiendo vestidos, las flores para el ramo, el lugar de la boda. Tuvo que apresurarse y hacer malabarismos para poder conciliar la boda de sus sueños con su trabajo como profesora. Pero había disfrutado de cada minuto.

La boda salió a la perfección; y qué decir de la luna de miel en Sorrento. Pero después la realidad la golpeó como un mazazo. ¿Sería injusto decir que su vida le parecía algo sosa?

No era culpa de Andy. Era fácil llevarse bien con él (incluso a veces demasiado fácil). También era guapo, a pesar de que empezaba a perder pelo y de que esa barriguita de la que ella tanto se había reído al principio se había convertido en algo permanente. Todos sus amigos decían que formaban una pareja estupenda. Rebecca era

consciente de que debía estar agradecida por su vida cómoda y sin grandes complicaciones.

Pero también una parte de ella no podía evitar preguntarse si habría algo después. Tenía treinta y tres años y comenzaba a sentirse vieja. Últimamente, tenía la sensación de que se estaba convirtiendo en su madre.

Tenía clarísimo que necesitaban volver a sentir la pulsión sexual del principio. Y pronto. Lo que más temía era que se convirtieran en una de esas parejas que se ven en los restaurantes. De esas que se sientan en silencio porque dejaron de tener algo que decirse allá por 2005.

—Oye, ¿por qué no nos acercamos por el bar? —exclamó Rebecca de pronto.

Andy la miró, dudoso.

—¿Al bar?

—¡Claro! —Rebecca intentó insuflar un poco de entusiasmo a su voz—. No es tarde. Todavía nos da tiempo a una última ronda. Puede ser divertido..., algo diferente.

Desistió cuando Andy bostezó ostensiblemente.

—He tenido una semana muy larga y lo único que me apetece es irme a la cama. Mejor la semana que viene, ¿vale?

—Ajá, sí. Quizá la semana que viene —repitió Rebecca mientras forzaba una sonrisa. Sentía cómo se iba deshinchando por dentro como un globo pinchado. ¿Qué les había pasado? Cuando empezaron a salir no eran así. Necesitaba hacer algo espontáneo, pero lo más salvaje que se le ocurría a Andy era comprar palomitas extragrandes en su siguiente visita al cine. Por no mencionar su

obsesión por el bricolaje. Su necesidad de empapelarlo todo había llegado hasta su dormitorio.

Rebecca era realista y había sabido que la pasión inicial terminaría por desvanecerse, pero lo que no podía haber imaginado es que su vida sexual desaparecería por completo. Ni siquiera consumaron su matrimonio la noche de bodas: Andy se había emborrachado con sus amigos de la universidad y se desmayó en la cama con dosel antes de que Rebecca hubiera tenido tiempo de quitarse el corsé. Se dio cuenta de que quizá tendría que haber interpretado aquello como una señal.

Incluso en las ocasiones en las que encontraban la fuerza y las energías suficientes para hacer el amor, se había convertido en algo rutinario. Rebecca era capaz de predecir las tres o cuatro posturas que adoptarían antes de abrazarse un poco, apagar la luz y quedarse dormidos. Le daba demasiada vergüenza hablar con sus amigas de sus problemas y no se atrevía a sacar el tema a relucir con Andy. ¿Y si el problema lo tenía ella? ¿Y si había dejado de gustarle a Andy? La verdad era que Rebecca cada vez estaba más y más frustrada. En varios sentidos.

—¡Bex, mira esto!

Cuando escuchó a Andy gritar, se dio cuenta de que había seguido caminando sin él. Tenía la vista fija en el escaparate de una tienda, leyendo un cartel que habían colgado en él.

—¿Qué es? —preguntó.

—Ven a ver —le dijo Andy mientras sonreía abiertamente.

Sin muchas ganas, Rebecca volvió sobre sus pasos. Conociendo como conocía a Andy, seguramente sería el anuncio de una venta de plantas en la parroquia. O que los cines Fénix iban a reponer *La guerra de las galaxias.*

—A ver, dime qué es —preguntó con indiferencia cuando estuvo junto a él.

Con un gesto triunfal, Andy señaló el cartel en el escaparate del café.

¿Hambre de libros?
¡Únete al club de lectura del café Crumb!
Nos reuniremos todos los jueves para hablar de libros, de la vida, de todo...
Para más detalles, escribe a: estelle@cafeteriacrumb.co.uk

Café y tarta gratis en la primera reunión ☺

—¿Quieres hacerte de un club de lectura? —preguntó confusa Rebecca. Andy era más bien de leer periódicos y biografías de deportistas famosos. Jamás lo había visto coger una novela.

—¡No es para mí! —exclamó este—. ¡Es para ti!

Rebecca lo miró sorprendida.

—¿Y por qué iba a interesarme eso? —Sentía cómo una nueva oleada de decepción la invadía. Su marido era un caso perdido—. Seguramente es un hatajo de carcamales que se reúnen para hablar de *Guerra y paz* —dijo mientras echaba a andar.

Andy parecía herido mientras corría para ponerse a su altura. Se detuvieron a la altura de la carnicería.

—Vaya, pues pensaba que te gustaría. Es una manera de salir de casa y conocer gente nueva. Y a ti te gusta leer, ¿no?

—Eso sí —admitió Rebecca.

No es que tuviera mucho tiempo libre. Desde hacía unos meses lo único que leía eran los trabajos de historia pésimamente escritos de sus alumnos.

—Déjalo, era solo una idea —dijo Andy con su voz cariñosa de siempre. A veces era este tono de voz lo que más le molestaba a Rebecca de él. Le hubiera gustado que mostrara algún tipo de pasión.

Recordó cuando comenzaron a quedar y Andy no parecía cansarse nunca de ella. Se acordaba de que, al salir de un bar o de un club nocturno, la empujaba hacia un callejón para besarla y meterle mano... ¡Había sido tan emocionante, la sensación de estar haciendo algo ilícito! Sentir sus manos sobre la piel y pensar que alguien podía descubrirlos en cualquier momento. Solo con pensar en ello ya se sentía excitada, valoró mientras pasaban por delante de las puertas cerradas del café. Deseaba que Andy volviera a agarrarla con fuerza, la atrajera hacia sí y después... Pero aquellos días parecían haberse quedado atrás y a ella solo le quedaban sus fantasías.

Se detuvo y se giró de nuevo hacia la cafetería. Había una mujer joven en la puerta, llevaba un vestido negro, una chaqueta de pata de gallo, una bufanda roja y zapatos de tacón chupete. Tenía las piernas enfundadas en unas me-

dias negras de red, y el pelo estaba teñido de negro y peinado estilo años cincuenta.

Parecía divertida, interesante y lo mejor de todo es que estaba leyendo el cartel con intensa concentración.

La mujer sacó un iPhone de su bolso (que era rojo y tenía la forma de unos labios) y comenzó a teclear las instrucciones del cartel.

Rebecca sonrió para sus adentros. Después de todo, quizá no fuera un club para carcamales.